

Mujeres Ensayistas Latinoamericanas “Intrusas y Usurpadoras”¹

LOURDES ROJAS AND NANCY SAPORTA STERNBACH

¿Representan los ensayos de mujeres latinoamericanas la historia del feminismo latinoamericano?¹ ¿Un estudio de ensayos de mujeres latinoamericanas del siglo XIX y XX nos lleva inevitablemente a la evolución del pensamiento feminista latinoamericano? Por más atractiva, tentadora y provocativa que pueda ser esta asociación, existen también peligros al establecer una conexión demasiado simple entre los ensayos de estas mujeres y la historia del feminismo. En primer lugar, América Latina es un continente vasto que comprende más de veinte países hispanoparlantes, sin mencionar Brasil, o el Caribe angloparlante y francoparlante, cada uno con una historia propia y una variedad de sistemas y condiciones políticas y económicas distintas. Cualquier intento de formular la historia del feminismo latinoamericano está necesariamente definido por estas diferencias de etnia, raza, idioma, geografía y clima político.

A pesar de estas limitaciones, una imagen claramente definida del pensamiento feminista latinoamericano surge con un análisis de estos textos como la base de un discurso feminista en América Latina.² Por medio de ejemplos de ensayos de mujeres de los últimos dos siglos, discutiremos las dinámicas del ensayo como género, la perspectiva de género de los escritores, así como las instituciones y circunstancias históricas y políticas particulares que influyeron en su pensamiento. Lo que nos concierne aquí son las relaciones planteadas y creadas por la intersección de género (*gender*) y género literario (*genre*) cuando se examinan en conjunto con la historia del feminismo en América Latina.

Fundamental para nuestra discusión es la etimología y la traducción de la palabra “ensayo” en español. Ensayo deriva del infinitivo ensayar, que significa “probar, intentar o practicar”. Podemos discutir que la ausencia de una tradición literaria para las mujeres ensayistas hizo que quienes tomaron la pluma en el siglo XIX fueran nuevas en el género, como si estuvieran ensayando, en el sentido literal de la palabra, en sus intentos de entrar en un campo tradicionalmente dominado por los hombres, así como iniciar su desempeño como escritoras de ensayos. Cuando las mujeres entraron en los debates sociales y políticos de su tiempo a través de sus ensayos, comenzaron a practicar sus nuevas voces dentro de los discursos políticos y sociales de su época, al mismo tiempo que introducían cuestiones de género como parte de la preocupación social y política más amplia de las naciones emergentes de América Latina. La medida en que estos dos contextos se combinaron para crear una arena más fértil para las voces de las mujeres o en realidad obstaculizó el desarrollo de una tradición de ensayos de mujeres en el continente es una de nuestras principales preocupaciones al estudiar estos ensayos.

MUJERES ESCRITORAS LATINOAMERICANAS

En años recientes, incluso los lectores con un conocimiento mínimo de América Latina se han dado cuenta repentinamente, si es que no interesado, en las escritoras latinoamericanas como resultado

¹ Extraído del libro *The Politics of the Essay. Feminist Perspectives*. Editado por Ruth-Ellen Boetcher Joeres y Elizabeth Mittman. Indiana: University Press, 1993. Traducido al español por Ricardo Pineda

de un sinnúmero de antologías, obras críticas y traducciones publicadas a lo largo de los años ochenta. Finalmente, críticos, teóricos, traductores y lectores comenzaron a ajustar los paradigmas que previamente habían definido el canon latinoamericano.³ Sin duda, la inmensa popularidad y comerciabilidad de una Isabel Allende han hecho que un público lector en general sea consciente del hecho de que, en efecto, existe tal cosa como una mujer escritora latinoamericana. La sola presencia de escritoras como Allende resalta la existencia de una tradición latinoamericana de mujeres de letras de las que surge y de las cuales es heredera.

Desde tiempos pre-coloniales, han habido mujeres escritoras en América Latina, quienes como las mujeres en todas partes que eligieron la pluma, a menudo se enfrentaron a la hostilidad y al ridículo por su elección de profesión.⁴ A pesar de ello, la historia literaria latinoamericana ofrece muchos ejemplos de mujeres que continuamente rompieron el molde y transgredieron los límites del decoro con el fin de ser escritoras. Algunas, sin embargo, se des-enfataron como escritoras, con el fin de ser precisamente eso, como fue el caso de la ensayista y educadora argentina Rosa Guerra, quien sintió la necesidad de asegurarle a su público lector que sus razones para escribir no eran “un deseo de una reputación literaria” que solo traería “crítica y ridículo” [Guerra, np], sino que más bien provocaría un cambio social a través de su escritura. Igualmente transgresora fue la dirección de Clorinda Matto de Turner de un importante periódico peruano en 1883 [Berg, 121-24]. La reacción de muchos de sus colegas masculinos podría resumirse en la declaración de cierto periódico argentino que consideraba que las mujeres solo podían ser escritoras cuando hubieran perdido “sus dientes, sus cabellos y sus ilusiones” [El Mosquito, 1877]. De esta manera, en América Latina también, la profesión de la escritura fue identificada como masculina; Las mujeres que abandonaron su papel femenino para convertirse en escritoras fueron consideradas traidoras a su sexo y tratadas como tal, o fueron consideradas masculinas “barbudas” o “mucho hombre”. El célebre caso de la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, a quien se le negó la entrada a la Real Academia de la Lengua Española por su sexo, es un claro ejemplo. Ella comentó en su serie de ensayos llamada “La mujer” (1860):

El mundo literario y artístico ha sido disputado como exclusivamente masculino en cada pulgada del camino, y aún hoy las mujeres que ingresan en este son vistas como intrusas y usurpadoras, y por lo tanto tratadas como no dignas de su confianza, a juzgar por la forma en que están distanciadas de las academias barbudas. Echemos un vistazo a ese adjetivo, mis queridas lectoras [femeninas], porque se le ha ocurrido a mi pluma mencionar a esas corporaciones ilustres de personas alfabetizadas cuyo primer y más importante título es que tienen barba.

Aun así, en una aparente paradoja, al mismo tiempo que a las mujeres se les prohibía ser escritoras, especialmente de literatura seria, ciertos géneros se consideraban “femeninos”, y ninguno de ellos más que la poesía. Un estudio rápido de cualquiera, y casi todas, las antologías de literatura latinoamericana cita a las mismas cuatro poetisas como ejemplos de las “letras femeninas” de América Latina: Juana de Ibarbournu, Delmira Agustini, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni [Miller, *Women*, 11 – 17].⁶ Al reducir el espacio literario de las mujeres a un género literario, la poesía, los críticos masculinos encasillaron a las mujeres dentro de una tradición predominantemente lírica que exaltaba el sentimiento sobre la razón, el amor romántico sobre la política y los asuntos del corazón sobre los asuntos del estado, una categorización que prácticamente las excluía de ser ensayistas. Mientras las mujeres poetisas se estaban conformes con permanecer solo dentro de esta tradición, también parecían conformarse y duplicar el rol que su sociedad les había asignado. Se permitió que su poesía creara un espacio que no parecía transgredir los límites ya definidos de la subjetividad de las mujeres. Sin embargo, ellas no solo transgredieron esos límites, sino que sirvieron como antecesoras literarias de las escritoras

contemporáneas que muestran una “intención beligerante de desgarrar las vestiduras del poder patriarcal” [Guerra Cunningham, 10].

EL ENSAYO EN LATINOAMÉRICA

La identificación de género literario/género no se limitó a la poesía lírica: cruzó a todos los géneros literarios. Si la poesía se identificaba como una iniciativa femenina, los hombres parecían apropiarse de la novela, especialmente durante la época del Boom.⁷ Desde entonces, la erudición feminista latinoamericana ha demostrado la exclusividad masculina del boom a pesar de que efectivamente las mujeres escribieron novelas durante este período.⁸ Sin embargo, a pesar de las asociaciones de mujeres con poesía y hombres con novelas, ningún género en América Latina ha sido tan fuertemente y rígidamente asignado a un género como el ensayo. Más que ningún otro, el ensayo ha sido definido por el género de sus escritores conocidos. De esta manera, cuando los críticos literarios latinoamericanos hablan del ensayo, de hecho, están solo discutiendo la producción masculina.

A pesar de la escasez de estudios dedicados al ensayo como género, la mayoría de los críticos aún le otorgan un alto grado de importancia, ya que dentro de la historia literaria latinoamericana su inicio coincidió con la independencia política del continente. Por lo tanto, la exclusión de las mujeres es aún más notable. En el proyecto de construcción de la nación que tenían por delante, los latinoamericanos llamaron ostensiblemente a la participación de las mujeres [Sommer, *Fictions*]; en la práctica, sin embargo, el lugar de las mujeres como ángel de la casa había cambiado muy poco desde modelo europeo. Además, muchos escritores del siglo XIX también ostentaron cargos políticos además de sus carreras de escritura, por lo que escribir sobre temas filosóficos o políticos era una consecuencia natural si, por supuesto, el escritor era un hombre. No es necesario ser un historiador literario de la América Latina del siglo XIX para evocar los nombres de Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Eugenio María de Hostos y José Martí, una pequeña muestra de los hombres que combinaron las teorías de sus ensayos con su activismo político. Pero tal canon no existe para las mujeres ensayistas.

Al mismo tiempo, este género poco estudiado en la crítica literaria latinoamericana es también una de las formas de escritura más popularizadas en los siglos XIX y XX.⁹ escritores latinoamericanos, tanto mujeres como hombres, generalmente han visto el ensayo como el discurso más apropiado para la reforma social y política. Donde diferían era en el tema y la articulación de ese discurso. Además, debido a que los hombres ya poseían el espacio público, su discurso no tuvo necesidad de apropiarse de este de la forma en que lo hicieron las mujeres, como veremos. Varios factores contribuyeron a la exclusión de las mujeres latinoamericanas del ensayo. En primer lugar, al igual que sus colegas europeos, los intelectuales latinoamericanos consideraron el ensayo como un tratado filosófico de compromiso social y político que requería una combinación de filosofía e imaginación como esencial para su discurso. Entendido de esta forma, no había razón para que las mujeres no pudieran participar. Sin embargo, la percepción de que el ensayo surgió de las raíces paternas y solo engendró descendencia masculina efectivamente marginó el discurso de las mujeres. Tal como los europeos, los latinoamericanos naturalmente rastrearon este linaje masculino hasta Montaigne, a quien también consideraba el “padre del ensayo”. Si los orígenes del ensayo están arraigados en una tradición patrilineal, y uno tiene que ser un hombre para heredarlos, las mujeres no podrían reclamar una herencia de este patrimonio. Sin embargo, incluso las mujeres lo suficientemente valientes y audaces como para ignorar esos mandatos se encontrarían mal preparadas para la labor en cuestión, ya que se asumía que la escritora de ensayos era una combinación de científico y filósofo. En un lugar y momento en que las mujeres apenas habían tenido acceso a la educación formal, las ensayistas latinoamericanas difícilmente se habrían considerado a sí mismas científicas o filósofas, a pesar de su deseo de convertirse en una o ambas.

Así como algunas de las definiciones del ensayo excluyeron a las mujeres, una definición en particular pudo usarse para su ventaja: la cualidad de poder “poetizar en prosa el ejercicio pleno de la inteligencia y la fantasía del escritor” [poetizar en prosa el ejercicio pleno de la inteligencia y la fantasía del escritor] [Anderson Imbert, 5]. Debido a que la capacidad intelectual de las mujeres fue ignorada, o en el mejor de los casos cuestionada, para que los ensayistas ejercitaran el amplio espectro de su inteligencia en el discurso argumentativo y racional requerido por los ensayos, la suposición que siguió fue que el escritor tenía que ser un hombre. Sin embargo, también permitió a las mujeres elegir por sí mismas aquellos temas que ilustrarían mejor la gama completa de su inteligencia e imaginación. Así, mientras las mujeres fueron relegadas a una continuidad de exclusión, por un lado, también fueron liberadas para crear su propia agenda. Es decir, al no tener que ajustarse a un conjunto de reglas restrictivas, pudieron forjar un camino para ellas mismas para ensayar otra forma de pensar.

Cuando el intelectual Carlos Ripoll publicó en 1966 una de las antologías más importantes del ensayo latinoamericano, *Conciencia intelectual de América*, no debería sorprendernos que no solo no incluyera a ninguna mujer, nunca vio la necesidad de mencionar a alguna.¹⁰ De hecho, hasta la fecha, ningún crítico literario ha estudiado sistemáticamente ensayos de mujeres latinoamericanas. Si bien es cierto que el ensayo masculino es el menos estudiado de todos los géneros en el canon latinoamericano, o quizás a veces “olvidado”, los ensayos de las mujeres son prácticamente desconocidos. Si alguna vez hubo un género definido por los hombres, en sus roles de productores, lectores e intérpretes, el ensayo latinoamericano es precisamente eso, o lo que Sidonie Smith, en referencia a la autobiografía, ha llamado un “contrato genérico masculino” [14].

Ripoll sugirió mediante su título y su exclusión de las mujeres que la conciencia intelectual o la agitación del activismo político eran dominio exclusivo de los hombres. El ejemplo que ofreció en el siguiente pasaje, uno que está plagado de símbolos masculinos y agencia masculina en la historia, deja poco lugar para la voz de una mujer, y ningún lugar para la imaginación de una mujer: “El ensayista latinoamericano debe convertirse en un Diógenes atormentado por la ansiedad que escudriña al indio, cuestiona al conquistador, pone a prueba la historia, hace una autopsia del tirano, convierte a sus héroes en oráculos, o quien ilumina el rostro de su espíritu para encontrar las raíces de su cultura [14]”.¹¹

Debemos estar de acuerdo con Ripoll en que la tarea principal de los ensayistas masculinos era encontrar las raíces de su cultura, forjar una identidad nacional y consolidar los recién emergentes estados nacionales. Pero los mismos objetivos no se aplican a las mujeres ensayistas latinoamericanas. En lugar de centrarse exclusivamente en cuestiones de identidad nacional, como lo hicieron muchos de sus homólogos masculinos, las ensayistas del siglo XIX ampliaron su visión de la sociedad latinoamericana al incluir sus preocupaciones sobre las mujeres, los niños y otros grupos oprimidos a lo largo del espectro social. Esto demostró ser un valioso legado para las ensayistas del siglo XX.

}

PUNTOS DE PARTIDA: MAPEANDO LAS DIFERENCIAS

A lo largo del siglo XIX, los escritores latinoamericanos vieron su literatura como un vehículo para la reforma social. Su propósito era utilitario: estaba destinado a contribuir al bienestar social de las nuevas naciones emergentes. A principios de siglo, las guerras de independencia y la consecuente lucha por el poder conocida como caudillismo ocuparon el centro del escenario.¹² Más tarde, el enfoque se desplazó hacia cuestiones sociales más específicas cruciales para establecer una identidad latinoamericana, como

la condición de la población indígena, la continuación de la esclavitud en muchos países, la prostitución, la corrupción del gobierno y la iglesia, los campesinos y reforma agraria y el legado del colonialismo. En consonancia con su papel como escritores, los ensayistas masculinos contribuyeron a los debates políticos y sociales de su época. Los ensayistas de principio de siglo, sin abandonar las preocupaciones políticas de sus predecesores y cómodos ahora en su papel de ensayistas, comenzaron a publicar una serie de trabajos analizando y definiendo su identidad latinoamericana. En lugar de medirse contra España, de quien finalmente fueron libres, los latinoamericanos ahora enfrentaron el desafío y la amenaza del nuevo imperialismo norteamericano.

Al mismo tiempo que confrontaban los mismos cambios históricos y políticos que los escritores varones, las ensayistas diseñaron un camino particular. A lo largo del siglo XIX, también sintieron la necesidad de apoyar los ideales de independencia nacional y autonomía política al mismo tiempo que prestaban su óptica a temas orientados a la mujer en particular. En lugar de privilegiar una de estas opciones sobre la otra, muchas ensayistas encontraron una manera de incorporar ambas alternativas en su discusión al demostrar la interconexión de todas las formas de opresión en las naciones emergentes de América Latina. Como era de esperar, la opresión de género ocupaba un lugar destacado en su agenda. Estas ensayistas también se convirtieron en voces de denuncia de la desigualdad social y exigieron la rendición de cuentas de los legisladores. En Argentina, la opresión sufrida por la población en general bajo la dictadura de Rosas (1852) fue equiparada con la opresión de las mujeres. Su caída marcó el final de la censura que había silenciado las voces de las mujeres hasta ese momento.¹³ La dominicana Ercilia Pepín, por ejemplo, relacionó las reformas feministas con la necesidad de contribuir al “progreso de la nación”, incluso en una época en que era imposible implementar cualquier tipo de marco revolucionario. Desde cada parte del continente, los fragmentos que aparecían con la regularidad del reloj, y que ahora llamamos ensayos, consagraron a las mujeres ensayistas latinoamericanas como pioneras en la literatura de protesta. Son cada una de estas pequeñas piezas, cada una cosida en un país diferente, con diferentes hilos, lo que sugerimos que constituya las piezas de una colcha de retazos “continental”.

El surgimiento, la existencia y la continuidad de un canon alterno que coexistió, a veces coincidió, pero con frecuencia se apartó de la tradición establecida del canon masculino, es evidente a partir de nuestro examen de los ensayos de las mujeres latinoamericanas. Mientras que las mujeres mantenían un diálogo indirecto con el canon tradicional como ensayistas, también desarrollaron su propia red a través de patrones comunes que las admitieron, promovieron, apoyaron y validaron como escritoras en general y ensayistas en particular, independientemente de su país de origen. Estas semejanzas fueron compartidas en el siglo XIX por la prensa popular, y en el siglo XX tanto en la prensa popular como en conferencias que luego fueron publicadas y difundidas, a menudo al costo de las propias mujeres.

Uno de los componentes más importantes de este canon alternativo es la apropiación de la esfera pública a través del ensayo. Las mujeres latinoamericanas invadieron la esfera pública al convertir lo íntimo, personal y anecdótico, esos temas generalmente reservados para salones de mujeres, en formas válidas de discurso literario a través del ensayo. Una trayectoria típica sería la siguiente: una figura lumbrera como Clorinda Matto de Turner o Alfonsina Storni sería invitada a dar una charla en El Ateneo de Buenos Aires, por ejemplo. Después de declararse indigna de los elogios que acababa de recibir, una táctica empleada para mitigar su mensaje radical, luego continuaría pronunciando un importante discurso sobre los derechos de las mujeres. Ese discurso, a su vez, se imprimiría como un folleto y se vendería por veinte centavos. Muchos años después, este mismo discurso podría imprimirse como un libro. De esta manera, la palabra de una mujer se transforma en el texto de una mujer y se transmite de una mujer a otra, asegurando así un público lector más amplio que el que podría albergar una sola audiencia en el salón o en El Ateneo.

FORMAS DEL ENSAYO

¿Dónde podemos encontrar estos ensayos de mujeres latinoamericanas? Incluso para los académicos dedicados en búsqueda de estos, no es una tarea fácil. Como tantas otras formas de escritura de mujeres, los ensayos mismos se encuentran fragmentados, perdidos o literalmente deteriorados. Nuestra propia investigación nos llevó a cinco fuentes distintas de ensayos de mujeres: (1) las charlas de salón publicadas mencionadas anteriormente; (2) documentos de trabajo de fuentes académicas; (3) informes médicos o científicos escritos por doctoras activas en la lucha por los derechos de las mujeres; (4) diarios de viaje que analizaron y compararon la situación de las mujeres en distintos países; (5) y más frecuentemente los que se encuentran en la prensa periódica. Dada la enorme producción de publicaciones periódicas en las que aparecen ensayos de mujeres, y la prensa feminista alternativa que ha proliferado en toda América Latina en la última década y comparte muchas cualidades con sus predecesoras del siglo XIX, nuestro análisis se concentrará en esta forma del ensayo.

Las mismas frustraciones y fragmentación que acompañan a la redacción y publicación de los ensayos originales se duplican cuando la crítica feminista intenta rescatarlos.¹⁴ Habiendo sido publicada a menudo a expensas de una mujer en un periódico que ella misma fundó y que financió y editó por su propia cuenta [Manso, 1], no era inusual que un ensayo del siglo XIX terminara abruptamente con las palabras “continuará”.¹⁵ El lector, especialmente el lector de finales del siglo XX, tiene la suerte de encontrar ese ensayo en otro artículo, con un nombre diferente, tal vez una semana o incluso un mes más tarde. Cuando, de hecho, los ensayos se pueden recuperar del “depósito”, los signos inevitables de edad, descuido y descomposición están siempre presentes.

Precisamente porque los ensayos no eran conocidos, los puntos señalados por las mujeres en ellos a menudo se perdieron para la comunidad. Este obviamente es el caso del famoso ensayo del puertorriqueño Eugenio de Hostos, “La educación científica de la mujer”, que las feministas han aclamado de buena gana como un ejemplo del pensamiento progresista de Hostos [7–66]. Sin embargo, el ensayo, de hecho, reitera muchas ideas ya expuestas por las mujeres en estas revistas hasta veinte años antes. Sin embargo, debido a que el ensayo de Hostos ha sido antologizado y, por lo tanto, hecho accesible, parece ser el primero que trata el tema importante de la mujer, la educación y la ciencia.

En su tiempo, estos trabajos aparecieron en todo el continente en periódicos, revistas o folletos publicados por imprentas pequeñas o alternativas. La distribución limitada y los obstáculos geográficos dificultaron lo que podría haber sido un público amplio y en consecuencia, la mayoría de estos ensayos permanecieron fragmentados. Solo en raras ocasiones se compilaron en libros durante la vida de una escritora. Sin embargo, la fragmentación que caracterizó los ensayos de mujeres, una extensión de la fragmentación que siempre ha sido un componente de la vida de las mujeres (especialmente las mujeres latinoamericanas), no fue siempre una desventaja.¹⁶ Conscientes de sus limitaciones de tiempo, espacio y fondos, las mujeres ensayistas encontraron formas de adaptar su escritura a esas circunstancias. Al organizar el ensayo en unidades cortas y auto contenidas que podrían interrumpirse sin perder la concentración, crearon un producto final que, visto desde el punto de vista de nuestra perspectiva de finales del siglo XX, se parecía a una gran colcha de retazos en la que la suma de las partes era superior al conjunto.

Si bien la fragmentación se convirtió en un dispositivo estilístico común en los ensayos de mujeres latinoamericanas, la metonimia fue la figura retórica preferida. En su utilización de la metonimia, las ensayistas latinoamericanas socavaron la metáfora tan favorecida por los ensayistas masculinos. Mientras que una metáfora aborda cambios adjetivos, la metonimia propone una transformación sustancial en la esencia del sustantivo mismo. Por lo tanto, la metonimia funcionaba como un vehículo a través del cual

las mujeres ensayistas presentaban una forma radicalmente diferente de conceptualizar el mundo que las rodeaba. Por ejemplo, en muchos ensayos de mujeres latinoamericanas, se les presentó a los lectores la metonimia de la ciudadana individual como un compendio de la sociedad. Esta perspectiva sobre la sociedad latinoamericana dramatizó la importancia de lo concreto (cada mujer individual) en relación con lo abstracto (la entidad llamada sociedad), forzando así a los lectores de esos ensayos a establecer las conexiones necesarias entre la situación particular de las mujeres y la de la sociedad latinoamericana en su conjunto. Esta posición es mejor ilustrada por las demandas por educación que se desataron a lo largo del siglo XIX.

En lugar de exigir el derecho de las mujeres a la educación como un elemento constitutivo de las sociedades democráticas que los latinoamericanos intentaban formar, las ensayistas les dijeron a sus lectores, hombres y mujeres, que las madres educadas formaban mejores ciudadanos y mejores ciudadanos ayudaban a civilizar sus países, una tarea para todos. Gómez de Avellaneda [124], por ejemplo, escribe: “En países donde se honra a las mujeres, encontrarás civilización, progreso, vida pública. En países donde no se les honra, no hay nada grandioso; la servidumbre, la barbarie y la ruina moral son el destino inevitable al que se encontraron condenados...” [124].¹⁷

El uso de la figura metonímica del buen ciudadano tuvo implicaciones de largo alcance, ya que se manifestó en la expresión de la participación política, legal y profesional de las mujeres, que incluía todo, desde el derecho al voto, hasta la representación en cargos políticos, hasta programas y ministerios y organizaciones dedicadas a las mujeres dentro de cada país. En Perú o Bolivia, esa participación pudo incluir la organización de campesinas para abordar los problemas sociales de las mujeres como miembros de ese grupo, mientras que en Uruguay o Argentina pudo incluir a las trabajadoras de la fábrica de zapatos, o en el Caribe pudo implicar a las trabajadoras de la caña de azúcar. Sin embargo, en sus escritos, las demandas de las mujeres se mantuvieron enfocadas: discutiendo y luchando por cambios en las leyes, especialmente aquellas que protegerían a las mujeres, los niños y los ancianos [Hernández, 112].

La metonimia también demostró ser útil en el paradigma de la reforma educativa para abordar temas de mayor preocupación, como se hizo evidente en los escritos de Ercilia Pepín. Aunque comenzó como seguidora de los principios pedagógicos de Hostos, Pepín se desencantó con las debilidades del educador puertorriqueño en la comprensión de las causas de los problemas sociales. En sus propios ensayos, ofrece un análisis de la educación y defiende la igualdad de las mujeres y el derecho a participar en todos los aspectos de los debates sociopolíticos de su época. De esta manera la educación sirve como un trampolín que permitiría a las mujeres, en palabras de Pepín, contribuir tanto como los hombres a “la gran tarea del progreso universal” y “a reconstruir la nación con su trabajo en el santuario puro del hogar” [Pepín 36].

Si bien las mujeres latinoamericanas usaron la metonimia como un recurso literario para sustituir la parte por el todo, también usaron el género literario, al igual que sus homólogos masculinos, como una herramienta explícita de intervención política. Sin embargo, los ensayos de mujeres participaron en el ámbito político con una voz claramente distinta, creando un canon alternativo que hemos identificado como un discurso contestatario¹⁸ que mejor caracteriza los ensayos de mujeres en ambos siglos. Podemos presenciar este discurso contestatario en Perú, cuando el grupo Evolución Femenina inició una campaña de escritura de cartas y ensayos a varios periódicos en Lima entre 1914 y 1922, centrándose en la participación de las mujeres en las “Sociedades de Beneficencia Pública”. Utilizando las organizaciones de caridad como su primer objetivo para la reforma, las ensayistas peruanas propusieron cambios radicales en el Código Civil peruano. En una carta dirigida al Congreso peruano y luego publicada como ensayo en *El Comercio*, María J. Alvarado Rivera, fundadora y presidenta de Evolución Femenina, abogó por una reivindicación de los derechos de las mujeres y los niños. Al igual que sus contemporáneas

dominicanas, Alvarado Rivera vio la importancia de la contribución de la mujer a la sociedad comenzando con su tarea de educar a sus hijos. A partir de ejemplos de otras sociedades donde las mujeres habían obtenido mejores derechos civiles y legales, los ensayos de Alvarado Rivera fomentaban una situación que les permitiría disfrutar “en su plenitud, la dignidad social y los derechos legales inherentes a un ser humano” [2].

SUBJETIVIDAD

Si los ensayistas latinoamericanos como Alfonso Reyes, Octavio Paz, Borges y Carlos Fuentes siguieron las ideas de Anderson Imbert sobre el ensayo como un lugar donde “la lógica comienza a cantar” [5], o vieron el ensayo como una confluencia de lo poético y lo filosófico, todavía consideraban sus ensayos como secundarios a su ficción o poesía. El hecho de que cultivaron estos otros géneros implica que vieron como su primera ocupación ser escritores: sus ensayos, aunque todavía ocupaban una posición eminente en su obra, solo eran auxiliares de su ficción y/o poesía.

Los ensayos de las mujeres, por otro lado, parecen seguir una agenda diferente. En primer lugar, ningún “yo” apareció en los ensayos iniciales. Pero antes de que podamos examinar el papel de este “yo”, necesitamos un momento para discutir cómo se usa comúnmente en la prosa expositiva española. La mayoría de los críticos, por ejemplo, a menos que sean extremadamente famosos, en realidad hablan en plural de primera persona, incluso cuando el tema es claramente singular. Como convención literaria, parece menos pedante atenuar la primera persona singular fuerte con un plural, y por lo tanto vemos a menudo el “nosotros”, incluso cuando se refiere a un solo hablante. Sin embargo, este “nosotros” está a mundo de distancia del “nosotras” femenino que encontramos en los primeros ensayos de mujeres.¹⁹ Porque aquí, lo hicieron como portavoces de un grupo y sus “nosotras” no solo las incluyeron a ellas mismas como colectivo, sino también a sus lectores, quienes sabían que eran muy letrados [Masiello, 528]. Fueron muy conscientes desde el principio que sus lectoras eran otras mujeres, las audiencias que buscaban, quienes, aunque alfabetizadas, no se sintieron inicialmente o necesariamente atraídas al ensayo por su importancia política o incluso estética, sino que lo leyeron como un discurso que las involucraba, comprometía, les era dirigido e incluso las “interpelaba” [Belsey, 45]. En consecuencia, y a pesar de las situaciones sociales que pudieron evocar otras respuestas, la voz de la mujer en sus ensayos era de sarcasmo, ingenio, ironía y humor. La escritora mexicana Rosario Castellanos, que cultivó todos los géneros literarios, ilustró este punto:

El nuevo mundo que debemos habitar y que dejaremos a las generaciones que nos siguen requerirá el esfuerzo y la colaboración de todos. Y de entre esos todos son las mujeres, quienes poseen un potencial de energía con el que cuentan los sociólogos, y conocen el puntaje, mientras planifican nuestro desarrollo. Y ciertamente no querríamos avergonzarlas [Mujer, 41–42]. 20

La revista o periódico era una de las formas más rápidas de llegar a los lectores. Su lenguaje también, en lugar del tono pedante alienante que a veces se asocia con el ensayo, adoptó un formato de invitación. De esta manera, lo que podría haber sido rechazado como un mero tema de chismes en un salón de mujeres ahora ha sido cargado con la autoridad de la página impresa. También podemos descubrir un patrón en los ensayos que es similar a las charlas o chismes de las mujeres, que a menudo se ridiculiza por no seguir una descripción lineal y cronológica.

Los mismos ensayistas hicieron referencia continua a sus lectoras como “nuestras lectoras” [Acosta de Samper, 1]. Por lo tanto, podemos afirmar que el “nosotras” de los ensayos de mujeres fue moldeado por la naturaleza dialógica de sus escritos. Con respecto a esta naturaleza dialógica, las lectoras también sabían que las escritoras eran mujeres. Con eso en mente, el caso de Amanda Labarca Hubertson, la educadora y feminista chilena, autora de muchos libros de ensayos y la primera mujer en sostener una cátedra en América Latina, da un paso discursivo audaz (pero solo en la culminación de su larga carrera) que merece una mención especial. En sus ensayos, ella tiene la “audacia” de referirse a sí misma usando la forma de “yo” en lugar del común, quizás menos modesto, “nosotros” que los escritores de ensayos normalmente se apropian. Cuando las ensayistas del siglo XIX hablaron en el femenino “nosotras”, realmente eran un colectivo. Como podemos ver con Labarca, pasar del “nosotros” al “yo” más personal también indica, como ha señalado Patricia Pinto Villarroel, una transgresión, pero también un sujeto que está seguro de sí mismo [58]. Este “yo” al que se refiere Labarca es obviamente de género específico. No hay duda, como con el plural “nosotras”, del cual el sujeto es una mujer, incluso si no está integrado automáticamente en el lenguaje como lo está en plural.

Al examinar el uso del colectivo “nosotras” o el plural “yo” como la voz del narrador en la literatura testimonial reciente de mujeres, Lillian Manzor-Coats señala cómo este sujeto colectivo permite al lector desafiar la “función y la presencia textual de autoridad” [15]. De acuerdo a Manzor-Coats, ese “nosotras” en relatos testimoniales (como *The Little School: Tales of Disappearance and Survival in Argentina* de Alicia Partnoy) da voz a otras voces silenciadas, permitiéndoles de esta manera participar en la re-escritura de la historia latinoamericana. Si, en el siglo XX, la historia latinoamericana es reescrita cuando una persona habla por un grupo (de los desaparecidos, por ejemplo), en el siglo XIX, esa voz pudo participar en la escritura real de esta, ya que todas esas naciones se estaban construyendo a sí mismas en esos años.

Sin embargo, el poder de este “yo” femenino no surgió de la autoridad de la voz narrativa (generalmente asociada a los hombres) ni de la posición de observador y espectador crítico de esa realidad. Más bien, lo que observamos aquí es el despliegue del sujeto en un “Yo” cuya formulación final no solo consideró, sino que también dependió de la participación del otro, es decir, el lector. Por lo tanto, los ensayos de las mujeres, a diferencia de los de los hombres, cuya legitimación descansaba sobre la postura autoritaria de la persona narrativa y quienes a menudo se dirigían a los lectores en imperativo, buscaban su propia legitimación fuera del texto. Los ensayos de las mujeres reflejaron un texto abierto en el que el “yo” era solo una de las muchas voces posibles para la reflexión. El ensayo, entonces, se convierte en un texto fluido y el sujeto se convierte en poli-vocal

Como textos abiertos, los ensayos de mujeres tienden a no ser aquellos en los que los problemas se resuelven; más bien, son espacios en los que el problema se presenta como una pregunta: ¿no sería mejor la sociedad si se educara a las mujeres? ¿No estaría mejor servida la democracia si las mujeres tuvieran los mismos derechos y acceso a privilegios? La feminista dominicana Camila Henríquez Ureña empleó dicha estrategia en defensa de su Instituto de Señoritas, una escuela de educación superior para mujeres, preguntando retóricamente si las mujeres participarían en la configuración del destino de su nación a través de una conciencia de sí mismas a través de la educación [Demorizi Rodríguez, 10]. Casi cien años después, Magaly Pineda, también dominicana, hereda este formato al enfatizar la necesidad de que las mujeres levanten una conciencia feminista latinoamericana basada en tácticas, alianzas y metas latinoamericanas. Al proponer “la realización de una utopía”, Pineda ha explorado nuevas vías cuestionando nuevamente la forma de crear una nueva sociedad [Pineda, “Feminismo”, 17].

En la medida en que el estilo en estos y otros ensayos de mujeres era dialógico, el tono también evitó conclusiones categóricas que a veces se asocian con este género literario. Al hacerlo, los ensayos

de las mujeres redefinieron este género. En lugar de ajustarse al texto autoritario de sus homólogos masculinos, los ensayos de las mujeres tomaron como postura el lema feminista de lo personal como lo político.

La decisión que impulsó a las primeras ensayistas a facilitar la accesibilidad de sus ensayos a sus lectores no fue meramente estilística. Dado que el propósito final del ensayo en sí no era la glorificación del autor (el “yo”), sino más bien la transformación de la sociedad y, por implicación, los roles de las mujeres en ella, siempre prevaleció un sentido de urgencia en estos escritos. En los intersticios de los textos, el lector percibe el deseo de cambiar el mundo.²¹ Por lo tanto, los escritores de estos textos tuvieron que asegurarse de que realmente fueran leídos. Ningún medio se prestaría mejor a la difusión de ideas de manera más económica y rápida que la prensa periódica. Mientras que sus homólogos masculinos estaban preocupados por la poética del ensayo, las mujeres en lugar de eso eligieron un lenguaje que evocaba este sentido de urgencia a través de una franqueza directa de estilo y una prosa concisa que crearía un impacto en sus lectores.²²

A lo largo del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, estas mujeres de clase media que escribieron ensayos compartieron una prensa continental, informando a sus lectores de las actividades en sus propios países, Europa, Estados Unidos y en cualquier otro lugar donde sus lectores pudieran viajar. Un ejemplo es Soledad Acosta de Samper, cuyos diarios de viaje se publicaron en periódicos colombianos [Ordóñez] o las impresiones de Clorinda Matto de Turner sobre sus viajes por América del Sur. En la última parte del siglo XX, sin retirarse por completo de los beneficios de la prensa periódica y debido al creciente interés en el mercado, las mujeres han encontrado otro medio viable para publicar sus ensayos a través de las editoriales universitarias. Una tercera alternativa, especialmente para la voz feminista, es la “prensa alternativa” que ha florecido en prácticamente todos los países con un movimiento feminista y coexistió lado a lado con la prensa alternativa de izquierda. De hecho, muchas feministas latinoamericanas comenzaron su educación política con su activismo en organizaciones de izquierda [Sternbach, Navarro, Chuchryk y Álvarez]. Con los nuevos feminismos latinoamericanos de los años ochenta, existen diálogos y debates más abiertos y más plataformas para debates ideológicos. Estos diálogos no solo han creado un espacio en el que las mujeres pueden expresar sus puntos de vista y expresar su descontento, sino que también han sido decisivos en el establecimiento de una subjetividad feminista donde la voz de la protesta feminista continúa.

Aunque la mayoría de las ensayistas del siglo XIX (así como también escritores de otros géneros en América Latina) y la mayoría de sus contrapartes del siglo XX disfrutaban de un cómodo origen de clase media o media alta, sus preocupaciones en los ensayos trascendieron la clase social. Muchas utilizaron su privilegio y estatus de clase para cumplir una doble función: por un lado, podían investigar y denunciar la situación de las mujeres en las clases más bajas, y por otro, adoptaron una posición crítica hacia su propia clase, desenmascarando el privilegio adjudicado a ellas y sus contrapartes. Debido al privilegio del estatus de clase media, pudieron convertirse en oradoras o voces de aquellos que no compartían su posición, mientras que al mismo tiempo desarrollaron una conciencia crítica de su clase y de las mujeres que lo aceptaron sin cuestionamientos. Aunque Victoria Ocampo es probablemente el ejemplo más destacado, “¿Existe una cultura femenina?” De Rosario Castellanos. Y *Lecturas para mujeres* de Gabriela Mistral también ilustran estos puntos.²³

Las mujeres ensayistas latinoamericanas han desarrollado esta conciencia de clase con una voz que toma el punto de vista de los oprimidos, ya sean otras mujeres, indígenas, negros o prostitutas. De esta manera, estas ensayistas rechazan la pretensión de observadores imparciales del malestar social generalmente asociados con el ensayo científico (masculino). Aunque los ejemplos abundan en muchos ensayos, basta señalar la discusión simultánea de Rosario Castellanos sobre los derechos de las mujeres

y la dramática situación de los indígenas [Oficio de tinieblas], el discurso contestatario de Clorinda Matto de Turner en referencia a la difícil situación de los indígenas en Perú [Aves sin nido], y la reivindicación de Magaly Pineda de las mujeres negras en la República Dominicana [Mujeres].

Su posición compasiva, en lugar de distante, sobre los problemas sociales, desde nuestro punto de vista, las hace más atractivas para sus lectores. Este tono de compasión o simpatía también ha ayudado a derribar las barreras divisorias entre el ensayo y otros géneros literarios, y el sentimentalismo que normalmente se asocia con la poesía. Las mujeres ensayistas se han vuelto expertas en “hilar” su sentimiento y subjetividad con las observaciones factuales y objetivas normalmente asociadas a este género. Al hacerlo, estas mujeres establecen al menos la posibilidad de conectar dos géneros aparentemente diferentes mientras proponen nuevas definiciones para cada uno de ellos.

El privilegio del espíritu por sobre la materia ha sido por largo tiempo identificado como un rasgo cultural definitorio de los latinoamericanos, desde Ariel de Enrique Rodó hasta el Calibán de Roberto Fernández Retamar. Cada vez más conscientes de la abrumadora superioridad técnica de las naciones industrializadas y sus ideas expansionistas, los ensayistas latinoamericanos en los siglos XIX y XX han alzado la bandera de Rodó y han adoptado este sentido de superioridad espiritual, no solo como un arma contra las naciones desarrolladas, sino igualmente importante, como una característica de los latinoamericanos, que con el pronunciamiento de José Vasconcelos ahora podrían considerarse la “raza cósmica” o la raza del futuro. Mientras que las mujeres ensayistas se han identificado hasta cierto punto con este mecanismo de supervivencia y autodefinición, también lo han subvertido a sus propias estrategias. En lugar de enredarse en las discusiones de los hombres, han utilizado los mismos argumentos para igualar la posición de las mujeres en la sociedad patriarcal. “La mujer” de Gómez de Avellaneda, por ejemplo, defendió el calibre moral superior de la mujer como una razón válida para su derecho a la participación activa en la sociedad. Así podemos ver cómo el ensayo en manos de las mujeres se ha convertido en una herramienta más efectiva para la reforma social. De hecho, su intención didáctica es fundamental para su propósito.

EL FEMINISMO Y EL ENSAYO

Al igual que con otros géneros escritos por mujeres, el alcance de los ensayos de mujeres se ha considerado solo como una preocupación de las mujeres, aunque en realidad las mujeres que escriben ensayos se preocupan imperativamente por el mejoramiento de sus sociedades. Sin embargo, siempre han abordado esta mejora a través de la condición de las mujeres, lo que les ha valido la etiqueta de ser demasiado específicas. Casi en todas partes, las mujeres que han luchado por los derechos de las mujeres en sus ensayos relacionaron esos derechos con la contribución a una sociedad mejor y más democrática. Así, las mujeres ensayistas han mantenido una bipolaridad intercambiable de activistas y escritoras a lo largo de ambos siglos. Para muchas mujeres, la redacción de ensayos ha sido solo el primer paso en su activismo feminista. Muchas de las ensayistas estudiadas aquí eligieron profesiones de profesoras o escritoras. No podemos subrayar lo suficiente la importancia de la alfabetización de las mujeres para el desarrollo y la evolución del ensayo. Por lo tanto, lo que inevitablemente encontramos es el crecimiento simultáneo de las profesiones de las mujeres con el activismo y la redacción de ensayos de las mujeres. En este sentido, podemos afirmar nuestra pregunta inicial de que los ensayos de mujeres en América Latina y el feminismo continental han crecido juntos y se han desarrollado de la mano.

El concepto del feminismo como un sistema unificador que transformaría la sociedad y la participación de las mujeres en esta motivó a la poeta y ensayista argentina Alfonsina Storni a declarar

el feminismo como un proceso que ayuda a “crear en el alma femenina su propia vida, su propio ser, su conciencia individual sobre todas las cosas y aplicar este concepto personal para liberarla de cadenas antiguas” [Movimiento, 19].²⁴ En todo el continente, somos testigos precisamente de lo que Storni afirmó: las mujeres se liberan de las antiguas cadenas de feminidad prescrita. En cada contexto, los métodos pueden variar, pero el resultado es similar. Por ejemplo, la dominicana Evangelina Rodríguez, quien en 1911 fue la primera mujer en su país en graduarse de la escuela de medicina, nos proporcionó una posición feminista temprana tanto sobre el papel de los militares como en la intervención estadounidense en América Latina. Considerada una de las pioneras del feminismo dominicano, demostró claramente lo que luego sería el lema feminista de lo personal siendo lo político. Fuerte enemiga del “Trujillismo” (la dictadura de Trujillo que dominó la vida dominicana durante más de treinta años), soportó los años de la intervención estadounidense (1916-1924) y fue inflexible en sus críticas a la ocupación militar. A lo largo de estos años, sus ensayos nunca cedieron en retratar los males del papel subordinado de las mujeres en la sociedad dominicana al denunciar la deshumanización de mujeres y hombres en regímenes dictatoriales en su país y en el extranjero.

El feminismo como una política distinta, desasociada de todos los demás partidos políticos y religiosos, y aún un asunto muy debatido entre las mujeres latinoamericanas contemporáneas en sus ensayos y mesas redondas, obtuvo una de sus primeras bases en la década de 1930 con el ensayo de Zoila Aurora Cáceres, “Manifiesto de feminismo peruano”. Al igual que sus contemporáneas y sus predecesoras, publicó sus principios y objetivos (incluida la igualdad de derechos para las mujeres ante la ley, el derecho a votar, administrar su propia propiedad, recibir el mismo salario por el mismo trabajo) como folletos y ensayos cortos en periódicos locales. Revolucionó tanto el feminismo como la política latinoamericana al dar la bienvenida a las filas de su grupo, el “feminismo peruano”, a todas aquellas que estaban de acuerdo con sus principios feministas de organización, independientemente de sus afiliaciones políticas.²⁵

La perspectiva de Cáceres de la independencia feminista continúa hoy, como se evidencia en el ensayo de Julieta Kirkwood para la revista *Furia*. Los escritos de Kirkwood nos recuerdan la necesidad de que las mujeres latinoamericanas aborden la lucha política desde una perspectiva de género. Sus ensayos políticos feministas tienen un alcance visionario ya que permiten a las mujeres evaluar dónde están y hacia dónde quieren ir, o en las propias palabras de Kirkwood: “esto es lo que somos, y esto es lo que queremos ser” [*Furia* np] .

Los ensayos feministas contemporáneos en América Latina sostienen convincentemente a favor de una unión del activismo feminista y la teoría feminista, como en el caso de la “Negación del autoritarismo” de Kirkwood, un análisis que tiene profundas implicaciones para las feministas del continente.²⁶ Al declarar que “no hay democracia sin feminismo”, un eslogan que se ha coreado en muchas de las marchas feministas a lo largo de América Latina, Kirkwood equipara efectivamente los regímenes militares de los años setenta y ochenta con su dominación patriarcal al tiempo que coloca una agenda feminista al lado de cualquier plataforma democrática. El feminismo de Kirkwood, uno de los más polémicos, también es uno de los más populares cuando aboga por una re-evaluación de la producción y reproducción humana como una forma de reescribir la historia social y política de Chile. Su posición revolucionaria sugiere que “las mujeres deberían terminar con su exclusión de los discursos del poder y [deberían] trabajar para invalidar el sistema de poder y privilegio existente, que está a la raíz de esa exclusión” [Ser política en Chile, 228].

A diferencia de los ensayos políticos feministas de Kirkwood, otras ensayistas abogan por el activismo de las mujeres y los derechos de las mujeres sin articular, de hecho, evitando por completo la palabra feminista. No obstante, las estrategias feministas son evidentes tanto a nivel retórico en los

ensayos mismos como a nivel práctico en su activismo. El mejor ejemplo de un grupo de mujeres que constantemente evita la palabra “feminista” mientras se empodera a través de tácticas feministas son las Madres de Plaza de Mayo de Argentina. Incluso las mujeres que fueron (son) consideradas conservadoras, como la novelista y ensayista colombiana del siglo XIX Soledad Acosta de Samper, siempre mostraron una preocupación y una conciencia de los problemas de las mujeres, la posición de las mujeres en la sociedad y las posibilidades y deseo de cambio, una política que nosotros llamamos feminista.

Los ensayos feministas también fueron una herramienta útil en los debates sobre el asunto de la soberanía nacional y la independencia. En la medida en que la intervención militar extranjera tuvo un impacto en la vida de las mujeres, tuvo un lugar en la revista feminista “Femina”, que apareció en 1922 en la República Dominicana.²⁷ La editorial “Educación o muerte” hace explícita esa conexión:

Sin duda alguna, la falta de educación social en nuestros hogares ha traído la destrucción de nuestro edificio nacional. Solo un trabajo de reconstrucción paciente e inteligente sería capaz de reconstruir nuestra nación. Depende de las mujeres llevar a cabo una misión tan importante y delicada... Es tiempo de que reconozcamos la importancia de enseñar y cultivar un comportamiento socialmente consciente en nuestros hijos, directamente en nuestros propios hogares. [Gómez, Contribución, 12].²⁸

La idea de que el hogar era instrumental en el desarrollo de una conciencia social en los niños es una de las preocupaciones predominantes y constantes en los editoriales de Femina, como lo fue también para sus hermanas continentales durante el siglo XIX. Al afirmar que el futuro del país descansaba en las manos de las mujeres, es decir, el moldeamiento de mentes jóvenes, estas ensayistas no solo reinterpretaron la función “tradicional” de las mujeres en el hogar de una cuidadora a las diseñadoras de una sociedad mejor, sino que también sugirieron que su tarea era reconstructiva mientras insinuaban que la tarea de los hombres era destructiva. Además, argumentaron que una madre educada era de hecho la causa para una sociedad más civilizada, como los ensayos en *La Camelia*, *La Educación* y *Álbum de Señoritas* explican continuamente en Buenos Aires. Por lo tanto, la conexión entre la unidad familiar y el estado era paralelo a la interconexión entre el hogar como espacio privado y la nación como espacio público. Para todas estas escritoras, su filosofía se resume en la afirmación: “El feminismo es un sistema educativo y una teoría social” [Hernández, 91, 92].²⁹ En repetidas ocasiones, las mujeres han desarrollado sus ensayos en torno a la metáfora de la familia como una versión más pequeña de la nación.

CONCLUSIÓN

A pesar de sus afiliaciones políticas divergentes, marcadas diferencias en su estatus de clase y la diversidad de sus orígenes étnicos y raciales, las mujeres en América Latina comparten una marginación común, ejemplificada en la construcción de género en cada país. Las mujeres escritoras latinoamericanas, principalmente preocupadas e interesadas por la situación de las mujeres, han visto el ensayo como su género de elección, ya que por sí solo les permite desarrollar una voz de género crítica y cultural. Los ensayos de mujeres, a su vez, han subvertido y redefinido la naturaleza de la literatura de protesta en América Latina.³⁰ Dado que la redacción de ensayos en los países latinoamericanos se ha definido y formulado tradicionalmente como un ejercicio masculino para la denuncia y la crítica de la injusticia social, las escritoras en estos países han sido excluidas de facto de unirse al escenario más codiciado para las discusiones sociopolíticas y culturales de sus tiempos.

Lo interesante, entonces, no es la observación de cómo las mujeres han interrumpido el canon al introducir sus ensayos en él, sino más bien sus estrategias para apropiarse y redefinir este género prestando su óptica de género al examen de todos los problemas sociales.³¹ Los análisis de las mujeres en la sociedad latinoamericana se han basado en diferentes enfoques en estos ensayos, y aunque las propias escritoras han provenido de orígenes muy privilegiados, descendientes de linajes españoles y otros europeos, se han enfocado en las preocupaciones de las mujeres de maneras que trascienden la clase y las barreras étnicas.

La escritura se ha convertido en un acto importante de supervivencia y empoderamiento para las mujeres en América Latina: al apropiarse constantemente del ámbito público para las preocupaciones de las mujeres, las mujeres ensayistas se han encargado de que esos mismos temas comenzaran a ganar algo de terreno en los discursos nacionales. Las diferencias de género han ganado validez como un componente necesario para comprender el tejido social de las naciones latinoamericanas. La educación de las mujeres, por ejemplo, un tema marginado reservado para las revistas de mujeres a mediados de siglo XIX, se convirtió en tema de debate en todo el continente hacia finales de siglo.

Por esta razón, podemos sostener que el ensayo de las mujeres se convirtieron en una de las vías más importantes para la politización de la mujer en América Latina. Libres de las restricciones de la política de partidos, la mayoría de las ensayistas discutieron los problemas de las mujeres como preocupaciones sociales y, por lo tanto, se pusieron a la vanguardia de los debates sociopolíticos de su época. Como las ensayistas eran mujeres educadas, han estado bien preparadas para entrar en las discusiones intelectuales y políticas de su época. Al hacerlo, han defendido la, aún vigente, tradición latinoamericana de escritores como intelectuales y activistas.

Los ensayos mismos contenían tanto un valor sociológico y literario, como histórico y político. Al desarrollar una voz para sí mismas como escritoras, las mujeres latinoamericanas también han desarrollado una conciencia como mujeres. Con su voz del “contra-discurso” o “el discurso de la transgresión”, estas ensayistas ayudaron a crear un espacio para la escritora que practicaba cualquier otro género, como lo hicieron muchas de las mismas ensayistas. Al transgredir la norma que exige que la mujer permanezca en silencio, establecieron simultáneamente una voz polívoca y, con su ejemplo, mostraron cómo cada pieza de la colcha se puede coser individualmente para crear un todo. La transgresión consistió no solo en romper los silencios, sino también en dismantelar el mandato en contra de que las mujeres hablaran. Si bien la mujer novelista también estaba preocupada por hablar, la mujer ensayista llevó su rebelión un paso más allá primero al emitir la queja y luego diseñar creativamente un camino social que mejoraría su sociedad. Es precisamente esta estrategia feminista la que nos permite hablar de una solidaridad entre las mujeres y el inicio de un discurso feminista de proporciones continentales, las de un movimiento feminista.

Aun así, la historia del feminismo latinoamericano es la historia de los ensayos de las mujeres latinoamericanas solo en la medida en que consideramos esos escritos como el principal, pero nunca el único, foro para el pensamiento feminista. A la luz de indicadores culturales latinoamericanos específicos, importantes variables sociales, económicas, geográficas, políticas y étnicas siempre deben interpretarse como componentes necesarios del espectro completo. Al mismo tiempo, ninguna historia del pensamiento intelectual latinoamericano estaría completa sin la inclusión de las perspectivas de las mujeres sobre sí mismas, de la sociedad y del papel de las mujeres que sugieren los ensayos de las mujeres latinoamericanas. Al entrometerse y usurpar una tradición masculina, las mujeres no solo se apropian del género, sino que también nos exigen que establezcamos nuevos parámetros para la discusión de la historia latinoamericana.

NOTAS

Las autoras agradecen dos becas Picker individuales de nuestras respectivas instituciones en 1987-1988 que nos permitió viajar a América Latina para consultar fuentes primarias. También agradecemos a Elena Tchalidy, de Buenos Aires, que nos permitió acceder a los documentos de Alicia Moreau de Justo. Gracias también a Brenda Rowe McGovern, nuestra ayudante de investigación, que pasó incontables horas haciendo trabajo bibliográfico al principio del proyecto. Además, deseamos agradecer al personal de Bibliotecas nacionales en Argentina, Uruguay, Perú y Colombia que nos ayudaron a encontrar estos ensayos.

1. A lo largo de este artículo nos referimos a este cuerpo de trabajo como ensayos de mujeres latinoamericanas. De hecho, el término más técnico sería ensayos de mujeres hispanoamericanas, ya que solo tratamos las escritas en países de habla hispana. Tanto Brasil como el Caribe de habla inglesa y francesa están fuera del alcance de este estudio. Sin embargo, debido a la posible confusión que resultaría del término “hispanoamericano”, nos estamos refiriendo a nuestra investigación como latinoamericana. Asimismo, el término latinoamericano enfatiza la dimensión continental de los ensayos, un punto que queremos enfatizar.

2. Estamos definiendo el pensamiento feminista como una forma de pensar que aboga por la igualdad de derechos para las mujeres. El feminismo, como se entiende en América Latina, es una postura activista.

Por lo tanto, es posible ser partidario del pensamiento feminista sin ser feminista en América Latina.

3. Miller, 1983; Meyer y Zamora, 1983a; Gonzáles y Ortega, 1984; Virgilio y Lindstrom, 1985; Magnarelli, 1985; Merrim, 1987; Arenal y Schlau, 1989; Franco, 1989; Lindstrom, 1989; Pratt y Morello-Frosch, 1989; Vidal, 1989; Bassnet, 1990; Guerra Cunningham, 1990; Marting, 1990. Para Antologías, ver Meyer y Fernández Olmos (1983b); Agostin (1989); Manguel (1986); Garfield (1985, 1988); Correas de Zapata (1990); Erro Peralta y Silva Núñez (1990); y Solá (1990). Para traducciones de literatura testimonial ver Barrios de Chungara (1978); burgos-Debray (1984); Partnoy (1986, 1988) y Alegría (1987). No hemos incluido aquí el nuevo y vasto cuerpo de trabajo de las latinas estadounidenses y la crítica literaria que lo rodea.

4. Antes de que América Latina recibiera su nombre y su sistema colonial de gobierno impuestos por Europa, las mujeres poetisas escribían en los imperios azteca e inca.

5. “El campo literario y artístico... le ha sido disputado palmo a palmo por el exclusivismo varonil, y aun hoy día se la mira en el como intrusa y usurpadora, tratándosela en consecuencia con cierta ojeriza y desconfianza, que se echa de ver en el alejamiento en que se mantiene en las academias barbudas. Pasadnos este adjetivo, queridas lectoras, porque se nos ha venido naturalmente a la pluma al considerar esas ilustres corporaciones de gentes de letras, nuestro primero y más importante título es el de tener barbas”. A lo largo del texto, las traducciones de los ensayos y títulos de ensayos son nuestros, salvo que se indique lo contrario.

6. Para una discusión interesante sobre lo que significa ser una mujer poeta en América Latina, ver, Myriam Diaz-Diocaretz.

El “boom latinoamericano”, una explosión de publicaciones en la escena literaria internacional, tuvo lugar durante la década de 1960 y principios de 1970. Nombres como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar y Carlos Fuentes son algunos de los principales autores masculinos.

8. Ver Garro; Poniatowska; Ángel; Valenzuela Linchar; Castellanos, “Oficio de tinieblas”.

9. Estamos usando “popularizado” en el sentido español de la palabra, para significar usado por la gente.

10. Aunque el trabajo de Ripoll no es el primero, se considera la más definitiva vista panorámica temprana del ensayo latinoamericano. Antes que él, José Gaos (México, 1944) publicó *El pensamiento hispanoamericano*. Aparte de algunas otras antologías, vale la pena señalar que la primera colección que apareció bajo la serie de pensamiento latinoamericana, publicada por el ministerio de educación mexicano (1942), fue “*El pensamiento de América*”. Sus catorce volúmenes se centraron en ensayistas latinoamericanos representativos como Simón Bolívar, Andrés Bello, Lastarria, Eugenio María de Hostos, Enrique Rodó, José Vasconcellos, José Martí y otros. Todos eran hombres. Medgardo Vitier (1945) “*Del ensayo Americano*” examinó los ensayos como género; Era un tipo de prosa en la que los escritores podían presentar y discutir los asuntos más vitales en América Latina. José Luis Martínez (1958) también publicó una antología en la que estudió antecedentes, temas y definiciones del género poniendo especial atención al ensayo mexicano. Ninguno de estos incluía mujeres. En Kurt L. Levy y Keith Ellis (1970), de los treinta y cinco artículos, dos tratan sobre mujeres ensayistas, una sobre Sor Juana Inés de la Cruz y otra sobre ensayistas Puertorriqueñas.

11. “...el ensayista hispanoamericano se convierte en un Diógenes angustiado que escruta al indio, interroga al conquistador, ensaya la historia, hace autopsia el tirano, convierte en oráculos a sus héroes, o se ilumina la cara del espíritu para encontrar los rasgos de su cultura. Sabe su nueva posición, se independiza del mundo y emprende su insólito camino”.

12. El caudillismo es un sistema político caracterizado por un gobierno unipersonal. El caudillo suele ser un líder carismático cuya personalidad se identifica con su poder. Los países latinoamericanos soportaron el férreo gobierno de muchos caudillos durante el siglo XIX; Juan Manuel Rosas en Argentina y Porfirio Díaz en México son algunos de los más conocidos.

13. El periódico *La Educación* de Rosa Guerra, publicado en 1852, es un ejemplo de las publicaciones que florecieron después de la caída de Rosas. “*Álbum de señoritas: periódico de literatura, modas, Bellas Artes y teatros*”, editado en Buenos Aires por la educadora Juana Manso es otro ejemplo. En el primer número, Manso (1854, 1) afirma que “la inteligencia de la mujer, lejos de ser un absurdo, o un defecto, un crimen, o un destino, es su mejor adorno, es la verdadera fuente de su virtud”. Pero el diario “*La camelia*” [1852, 1], el más antiguo de los tres, hizo las referencias más claras a la reciente dictadura del “tirano” o “la nube oscura que cubría el horizonte”.

14. En nuestra propia experiencia, nos hemos sentido frustrados por la falta de disponibilidad de ensayos porque los insectos habían llegado antes o cuando se nos pidió regresar en fechas posteriores para encontrar ensayos particulares, solo para que nos dijeran que (1) la colección no estaba disponible para uso público; (2) la biblioteca estaba cerrada; (3) el material estaba fuera de lugar; o (4) no existían instalaciones de fotocopiado o no estaban permitidas para textos del siglo XIX. Tales condiciones que pueden ser comunes con cualquier aspecto de la investigación latinoamericana parecen ser más frecuentes cuando el tema es sobre mujeres, especialmente ensayos de mujeres.

15. En el primer número de “*Álbum de señoritas*”, Juana Manso [1854, 1] se disculpa con sus lectores por haberse tomado tanto tiempo en responderles. Este asunto, explica, “me cuesta cinco veces más”, pero es preferible a un prospecto porque da “una idea más clara de mi pensamiento, y una prueba más eficaz de mi buena voluntad”

16. La fragmentación era para muchos latinoamericanos una forma de vida, tal como su historia, geografía y política podrían demostrar.

17. “en las naciones que es honrada la mujer...hallareis civilización, progreso, vida pública. En los países en que la mujer esta envilecida, no vive nada que sea grande, la servidumbre, la barbarie, la ruina moral es el destino inevitable a que se hallan condenados”

18. Aunque no inventamos el término, lo encontramos útil aquí, entre otros, Eliana Rivero [218] lo usa en su artículo sobre literatura testimonial.

19. También se distancian mucho de algunas mujeres que emulan a los hombres usando el “nosotros”, incluso cuando también están hablando en singular.

20. “El nuevo mundo, en el que hemos de habitar, y que legaremos a las generaciones que nos sucedan, exigirá el esfuerzo y la colaboración de todos. Y entre esos todos, está la mujer, que posee una potencialidad de energía para el trabajo con la que ya cuentan los sociólogos que saben lo que traen entre manos y que planifican nuestro desarrollo. Y a quienes, naturalmente, no vamos a hacer quedar mal”.

21. Como Ivette Malverde Disselkoen ha escrito en referencia a la ficción de las mujeres chilenas, “la subversión se encuentra en los intersticios” [72].

22. La *Camelia*, por ejemplo, dedicó una sección de la mayoría de los números “La Moda”, pero dejó claro desde el principio que su programa tenía una función social: “no vaya a creerse que... pensamos en detallar todas las puerilidades que se llaman Modas, de ningún modo”. Más bien, su intención era promover la decencia y el estilo de peinado para mostrar lo que ellos consideran su moralidad superior. [La *Camelia*, 1, Núm., 1 11 de abril de 1852: 1]. Los números recientes de *Furia* (Chile, 1983) y *Brujas* (Argentina, 1983-presente) muestran que en ambos casos, las escritoras de los artículos (aunque temen firmar sus nombres verdaderos debido a los gobiernos represivos de sus países) incluyen dibujos, pies de foto, y otras formas de facilitar la lectura para las mujeres que podrían encontrarse con el diario de una mujer por primera vez. Típicamente, estas revistas circulan en los encuentros feministas continentales, así como en sus países de origen.

23. Ver la antología de lecturas de Mistral para mujeres en la escuela de su propio nombre establecida en México a pedido de José Vasconcelos. En su introducción, Mistral, también profesora y escritora, señala “ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria”. Jean Franco ofrece otra opinión sobre este volumen [103]. Las feministas mexicanas contemporáneas consideran la tesis de maestría de Castellanos, “¿Hay una cultura femenina?” un texto clave del que derivan sus posiciones políticas y teóricas y un hito en el pensamiento feminista mexicano.

24. “Crear en el alma femenina su propia vida, su verdadero ser, su conciencia individual de las cosas todas y aplicar este concepto personal a libertarla de trabas ancestrales.”

25. “Manifiesto de Feminismo Peruano” está en forma de folleto y es parte de la correspondencia personal de Cáceres. Sus documentos no están clasificados pero están disponibles en la biblioteca Nacional en Lima.

26. Este ensayo, presentado por primera vez como una conferencia en el XI Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos en Ciudad de México en septiembre de 1983, luego apareció

como folleto bajo “Documentos de Discusión”, No. 52 Diciembre de 1983, publicado por FLASCO y que recientemente se incluyó en su libro “Tejiendo Rebeldías”. Este ensayo, aunque contemporáneo, ha seguido el rumbo de muchos ensayos anteriores: conferencia, panfleto, capítulo de libro.

27. Entre los editores de “Femina” están Ercilia Pepín, Evangelina Rodríguez, Amanda Nívar de Paitaluga, Delia Webercoiscou, Petronila Gómez y Rosa Smester. Aunque colegas hombres colaboraron a veces, nunca fueron responsables de la publicación de la revista.

28. “Incuestionablemente, la carencia de una educación cívica eficiente en nuestros hogares ha producido el derrumbamiento del edificio de nuestra nacionalidad. Solo una paciente inteligente labor de reconstrucción podrá levantar el edificio inconscientemente arruinado. Toca a la mujer el desempeño de tan delicada e importante misión y es hora ya, de que se labore con perseverancia por el establecimiento de nociones prácticas de civismo desde el santuario puro del hogar.”

29. “Feminismo es un sistema educativo y una teoría social”.

30. Esto parece cierto incluso para las ensayistas, a quienes no tratamos en este ensayo, que escribieron desde una perspectiva conservadora sobre la amenaza inminente de la nueva mujer o el feminismo. Estas mujeres creían que estaban actuando en nombre de las mujeres.

31. En 1895, Matto de Turner evalúa este fenómeno en “Las obreras del pensamiento”. Como muchos ensayos de mujeres, estos pensamientos se publicaron por primera vez como conferencia presentada en El Ateneo de Buenos Aires, el 14 de diciembre de 1895.

TRABAJO CITADO

(Para beneficio de nuestros lectores incluimos las fuentes que descubrimos en nuestra investigación de archivo, no mencionadas en el texto.)

Acosta de Samper, Soledad. *La Mujer* 25 (1 de octubre, 1879): 1.

Agostín, Marjorie, ed. *Landscapes of a New Land: Short Stories by Latin American Women*. Toronto: White Pine Press, 1989.

Alegría, Claribel. *They Won't Take Me Alive*. Trans. Amanda Hopkinson. London: Women's Press, 1987.

Alvarado Rivera, María. *El Comercio* (7 de octubre 1914): 2.

Anderson Imbert, Enrique. “El ensayo por los ensayistas.” *Dominical en La República* (2 marzo 1986): 5.

Angel, Albalucía. *Estaba la pájara pinta, sentada en el verde limón*. Barcelona: Ediciones Vergara, 1984.

_____. *Misiá Señora*. Barcelona: Ediciones Argos Vergara, 1982.

Arenal, Electa, and Stacy Schlau. *Untold Sisters: Hispanic Nuns in their Own Works*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989.

Barrios de Chungara, Domitila, con Moema Viezzer. *Let Me Speak!* Trans. Victoria Oritz. Nueva York: Monthly Review Press, 1978.

Bassnet, Susan, ed. *Knives and Angels: Women Writers in Latin America*. Londres: Zed Books, 1990.

- Belsey, Catherine. "Constructing the subject: deconstructing the text." In *Feminist Criticism and Social Change: Sex, Class and Race in Literature and Culture*. Ed. Judith Newton and Deborah Rosenfelt. Nueva York: Methuen, 1985. 45–64.
- Berg, Mary. "Clorinda Matto de Turner." *Spanish American Women Writers: A Bio-Biographical Source Book*. Ed. Diane Marting. Westport, Conn.: Greenwood Press, 1990. 303–15.
- Burgos Debray, Elisabeth. *I ... Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*. Trad. Ann Wright. Londres: Verso, 1984.
- Cáceres, Zoila Aurora. "Manifiesto de feminismo peruano." Lima: Imprenta Lux de E. L. Castro (15 January 1931). *La Camelia*. "Modas" 1, num. 1 (11 abril 1852): 1.
- _____. "Las redactoras" 1, num. 3 (15 Abril 1852): 1.
- Castellanos, Rosario. *Mujer que sabe latín*. México: ERA, 1973.
- _____. *Oficio de tinieblas*. México: Joaquín Mortiz, 1962.
- _____. *Sobre cultura femenina*. Mexico: Ediciones de América, *Revista Antologica*, 1950.
- Correas de Zapata, Celia, ed. *Short Stories by Latin American Women: The Magic and the Real*. Houston: Arte Público Press, 1990.
- Cypess, Sandra Messinger, David R. Kohut, and Rachel Moore, eds. *Women Authors of Modern Hispanic South America: A Bibliography of Criticism and Interpretation*. Metuchen, N.J.: Scarecrow Press, 1989.
- Demorizi Rodríguez, Emilio. *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas*. Palabras de Camilia Henríquez Ureña. Ciudad Trujillo: Academia Dominicana de la Historia, 1960.
- Díaz Diocaretz, Myriam. "'I will be a scandal in your boat': Women poets and the tradition." En *Knives and Angels: Women Writers in Latin America*. Ed. Susan Bassnet. London: Zed Books, 1990. 86 – 109.
- Earle, Peter G. "El ensayo definido por los ensayistas." *Dominical en La República* (2 March 1986): 7.
- _____. "The Female Persona in the Spanish American Essay." en *Women as Myth and Metaphor in Latin American Literature*. Ed. Carmello Virgillo and Naomi Lindstrom. Columbia: University of Missouri Press, 1985.
- Erro Peralta, Nora and Caridad Silva Núñez, eds. *Beyond the Border: A New Age in Latin American Women's Fiction*. San Francisco: Cleis Press, 1990.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán*. Montevideo: Aquí Testimonio, 1973.
- Foster, David. *Hacia una lectura semiótica del ensayo*. Madrid: Studia Humanitatis, 1983.
- Franco, Jean. *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico*. Nueva York: Columbia University Press, 1989.
- Garfield, Evelyn Picon, ed. *Women's Fiction from Latin America: Selections from Twelve Contemporary Authors*. Detroit: Wayne State University Press, 1988.
- _____, ed. *Women's Voices from Latin America: Conversations with Six Contemporary Authors*. Detroit: Wayne State University Press, 1985.
- Garro, Elena. *Recollection of Things to Come*. Trad. Ruth L. C. Simms. Austin: University of Texas Press, 1969. [Los recuerdos del porvenir. México: Joaquín Mortiz, 1963].
- Gómez, Petronila. *Contribución a la historia del feminismo dominicano*. Ciudad Trujillo, Republica Dominicana: Editorial Librería Dominicana, 1952.

- Gómez de Avellaneda, Gertrudis. "La mujer" (1860). En *Antología del feminismo*. Ed. Amalia Martín Gamero. Madrid: Editorial Alianza, S.A., 1975. 121–24.
- González, Patricia Elena and Eliana Ortega, eds. *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras: Editorial Huracán, 1984.
- Guerra, Rosa. "Correspondencia." *La Educación* (Buenos Aires) 1, núm. 2 (31 de Julio, 1852): n.p.
- Guerra Cunningham, Lucía, ed. *Splintering Darkness: Latin American Women Writers in Search of Themselves*. Pittsburgh: Latin American Literary Review Press, 1990.
- Hernández, Angela. *Emergencia del silencio*. Santo Domingo: Editorial Universitaria, UASD, 1986.
- Hostos, Eugenio María de. "La educación científica de la mujer." En *Obras completas*. Vol. 12, *Forjando el porvenir americano*. La Havana: Edición Conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, Cultural, S.A., 1939.
- Kirkwood, Julieta. "Editorial," *Furia* (Santiago) Agosto 1981.
- _____. *Ser política en Chile*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1990.
- _____. "Tejiendo rebeldías." En *Escritos feministas de Julieta Kirkwood hilvanados por Patricia Crispi*. Santiago: Círculo de Estudios de la Mujer y FLASCO, 1983.
- Levy, Kurt L. and Keith Ellis, eds. *El ensayo y la crítica literaria en Ibero-América*. Proceedings of the XIV International Congress on Latin American Literature, University of Toronto: Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana, 1970.
- Lindstrom, Naomi. *Women's Voice in Latin American Literature*. Washington, D.C.: Three Continents Press, 1989.
- Loveluck, Juan. "El ensayo definido por los ensayistas." *Dominical en La República* (2 March 1986): 7.
- Lynch, Marta. *La Señora Ordóñez*. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1967.
- Magnarelli, Sharon. *The Lost Rib*. Cranbury, Nueva Jersey: Fairleigh Dickinson University Press, 1985.
- Malverde Disselkoen, Ivette. "De La última niebla y La amortajada a La brecha." *Nuevo Texto Crítico: América Latina: Mujer, Escritura, Praxis*. Ed. Mary Louise Pratt and Marta Morello Frosch. 2, no. 4 (Segundo semestre 1989): 69–78.
- Manguel, Alberto, ed. *Other Fires: Short Fiction by Latin American Women Writers*. Nueva York: Crown Publishers, 1986.
- Manso, Juana. "La redacción." *Álbum de Señoritas* 1, núm. 1 (1 de enero 1854).
- Manzor Coats, Lillian. "The Reconstructed Subject: Women's Testimonials as Voices of Resistance." En *Splintering Darkness: Latin American Women Writers in Search of Themselves*. Ed. Lucía Guerra Cunningham. Pittsburgh: Latin American Literary Review Press, 1990. 157–71.
- Martínez, José Luis. *El ensayo mexicano moderno*. Ciudad de Mexico: 1958.
- Marting, Diane, ed. *Spanish American Women Writers: A Bio Biographical Source Book*, Westport: Greenwood Press, 1990.
- Masiello, Francine. "Between Civilization and Barbarism: Women, Family and Literary Culture in Mid–19th Century Argentina." En *Cultural and Historical Grounding for Hispanic and Luso Brazilian Feminist Literary Criticism*. Ed. Hernán Vidal. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1989. 517–66.

- Matto de Turner, Clorinda. *Aves sin nido*. Oaxaca: Editorial Oasis, 1981.
- _____. *Cuatro conferencias sobre América del Sur*. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina, 1909.
- _____. "Las obreras del pensamiento en la América del Sud." *Boreales, miniaturas y porcelanas*. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina, 1902. 245–66.
- Merrim, Stephanie, ed. "Y yo despierta": Towards a Feminist Understanding of Sor Juana Inés de la Cruz. Ann Arbor: Oxford Books, 1987.
- Meyer, Doris, and Margarite Fernández Olmos, eds. *Contemporary Women Authors of Latin America: Introductory Essays*. Nueva York: Brooklyn College Press, 1983.
- _____. *Contemporary Women Authors of Latin America: New Translations*. New York: Brooklyn College Press, 1983.
- Miller, Beth. "A Random Survey of the Ratio of Female Poets to Males in Anthologies: Less than Tokenism as a Mexican Tradition." En *Latin American Women Writers Yesterday and Today*. Ed. Yvette E. Miller and Charles M. Tatum. Pittsburgh: Latin American Literary Review Press, 1977. 11 – 17.
- Miller, Beth, ed. *Women in Hispanic Literature: Icons and Fallen Idols*. Berkeley: University of California Press, 1983.
- Mistral, Gabriela. *Lecturas para mujeres*. México: Porrúa, 1976. *El Mosquito*. 19 de agosto 1877.
- Ordóñez, Montserrat, ed. *Soledad Acosta de Samper: Una nueva lectura*. Bogotá: Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1988.
- Partnoy, Alicia. *The Little School: Tales of Disappearance and Survival in Argentina*. San Francisco: Cleis Press, 1986.
- _____, ed. *You Can't Drown the Fire: Latin American Women Writing in Exile*. San Francisco: Cleis Press, 1988.
- Peden, Margaret Sayers, ed. and trad. *The Intellectual Autobiography of Sor Juana Inés de la Cruz*. Lime Rock, Conn.: Lime Rock Press, 1982.
- Pepín, Ercilia. *Diversas consideraciones relativas a la evolución intelectual y jurídica de la mujer dominicana de los últimos cinco lustros*. Santiago: 1936.
- Picón Salas, Mariano. "Y va de ensayo." En *Crisis, cambio, tradición: Ensayos sobre la forma de nuestra cultura*. Madrid, Caracas: Ediciones Edime, 1955.
- Pineda, Magaly. "Feminismo y la participación política en la República Dominicana." Sin publicar. 1986.
- _____. "Mujeres de los sectores populares involucradas en actividades económicas en el Caribe." Centro de Investigación para la Acción Femenina. Sin publicar. Presentado en el Workshop on Feminismo Popular, Barranquilla, Colombia. 14–19 de Noviembre 1983.
- Pinto Villarroel, Patricia. "Mirada y voz femeninas en la ensayística de Amanda Labarca Hubertson: Historia de la anticipación chilena." En *Nuevo Texto Crítico: América Latina: Mujer, Escritura, Praxis*. Ed. Mary Louise Pratt and Marta Morello Frosch. 2 (Segundo Semestre 1989): 57–67.
- Poniatowska, Elena. *Hasta no verte, Jesús mío*. México: Ediciones Era, 1969.
- Pratt, Mary Louise and Marta Morello Frosch, eds. *Nuevo Texto Crítico. América Latina: Mujer, Escritura, Praxis 2* (Segundo Semestre 1989).
- Ripoll, Carlos. *Conciencia intelectual de América: Antología del Ensayo Hispanoamericano (1836–1959)*. Nueva York: Las Américas, 1966.

- Rivero, Eliana. "Testimonios y conversaciones como discurso literario: Cuba y Nicaragua." *Literature and Contemporary Revolutionary Culture* 1 (1985): 218–28.
- Rojas, Lourdes. "Recent Trends in Women's Sexuality in Latin America." *Trends in History* 4, no. 4 (1990): 187–209.
- Sánchez, Luz Elena. "We Are Making Inroads." *Escritos en Movimiento*. Número especial de ¿Qué pasa mujer? (Invierno 1983): 81–90.
- Smith, Sidonie. *A Poetics of Women's Autobiography: Marginality and the Fictions of Self Representation*. Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- Solá, María, ed. *Aquí cuentan las mujeres: Muestra y estudio de cinco narradoras puertorriqueñas*. Río Piedras: Huracán, 1990.
- Sommer, Doris. "'Sab C'est Moi.'" *Genders* 2 (Julio 1988): 111–26.
- _____. *Foundational Fictions*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Sosa de Newton, Lily. *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, 3ra edición. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1986.
- Sternbach, Nancy Saporta, Marysa Navarro, Patricia Chuchryk and Sonia Alvarez. "Feminisms in Latin America: From Bogotá to San Bernardo." *Signs* 17 (Invierno 1992): 393–434.
- Storni, Alfonsina. "El movimiento hacia la emancipación de la mujer en la República Argentina: Las dirigentes feministas." *La Revista del Mundo* 5 (Agosto 1919): 12–19.
- Vidal, Hernán, ed. *Cultural and Historical Grounding for Hispanic and Luso Brazilian Feminist Literary Criticism*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1989.
- Virgilio, Carmello, and Naomi Lindstrom, eds. *Woman as Myth and Metaphor*. Columbia: University of Missouri Press, 1985.
- Vitier, Medardo. *Del ensayo americano*. Ciudad de Mexico: 1945.